

# VAMPIROS

BAUDELAIRE, BYRON, CONAN DOYLE,  
DUMAS, GAUTIER, GÓGOL, HOFFMAN,  
LE FANU, MAUPASSANT, POE, POLIDORI

ILUSTRACIONES DE MERITXELL RIBAS



Antes de ingresar en la mitología popular gracias a *Drácula* de Bram Stoker, la figura del vampiro había cautivado ya a los más grandes escritores. La presente antología recoge una muestra de las recreaciones más brillantes que hicieron del vampiro autores como Byron, Polidori, Gógol, Maupassant, Edgar Allan Poe o Conan Doyle, originales aproximaciones a un mito en el que se cifran los misterios del sexo, la muerte, la trascendencia y el deseo de inmortalidad.

Las bellas e hipnóticas ilustraciones de Meritxell Ribas invitan a esta relectura de la historia del vampiro bajo una luz nueva.

## NOTA DE LOS ANTÓLOGOS

El vampiro es un clásico, el gran clásico de los mitos de terror. Del imaginario al papel, nunca ha dejado de estar presente en la literatura, bien desde la adaptación directa del folclore, bien colándose como una sombra en otras obras. Antes de convertirse en la gran obra maestra de la literatura pop, gracias al *Drácula* de Bram Stoker, la figura del vampiro había conquistado ya los altos y los bajos instintos de la literatura. El mito vampírico, en su potencia y su voluptuosidad, atrajo a los autores de prestigio que aquí se recogen, llamándolos hacia el género, incitándolos a desbordarlo.

Proceden de distintas tradiciones y su encuentro con el monstruo es distinto en cada caso, pero arrastra siempre un contagio de lo desconocido, la seducción de una idea informe, que toma su fuerza de lo impalpable del mito. Ellos nos mostraron al vampiro antes de que la explosión mundial del libro de Stoker fijara para siempre el canon de la criatura, le diera nombre e hiciera el inventario de sus rasgos y costumbres tal y como hoy los conocemos. En esta selección de textos se recogen algunas de esas características canónicas, pero se entremezclan con otras insólitas, propias de una condición vampírica libre y poderosamente múltiple.

Como los seres que la habitan, esta antología es también ambigua; muta y succiona, transita de género a género. Esto es así porque no hemos pretendido contener los antecedentes, no hemos querido realizar una lista exhaustiva de los autores que alguna vez coquetearon con el vam-

piro. Simplemente hemos recogido, como en un gabinete de curiosidades, algunas de las identidades múltiples que adoptó la criatura en compañía de escritores tan distintos como Poe o Dumas, antes de que el monstruo tuviera nombre propio.

Porque el argumento vampírico es en esencia atracción y metamorfosis. Así fue antes de *Drácula* y así parece que seguirá siendo, a juzgar por su inmortalidad.

*Rosa Samper y Óscar Sáenz*

# LAS METAMORFOSIS DEL VAMPIRO

CHARLES BAUDELAIRE

La mujer, con toda naturalidad,  
como serpiente sobre ascuas, y deleitándose  
y frotándose los senos con las ballenas del corsé,  
de su boca  
de fresa exhalaba palabras impregnadas de al-  
mizcle:

«Tengo húmedos los labios, y conozco la ciencia  
que echa a perder en un lecho a la conciencia.  
Todos los llantos seco en mis pechos triunfantes,  
y a los viejos hago reír con risa de niños.  
¡Para quien me ve desnuda y sin velo, yo suplo  
a la luna y al sol, al cielo y a las estrellas!  
Así es, querido sabio, tan docta soy en voluptuo-  
sidades  
cuando en mis brazos temidos aprisiono a un  
hombre,  
o al abandonar a los mordiscos mi busto,  
tan trémula y libertina, tan frágil y robusta soy  
que en estos colchones que de emoción se des-  
mayan,  
¡hasta los ángeles impotentes por mí se condena-  
rían!».

Cuando de los huesos toda la médula me sacó,  
y al volverme, lánguidamente, hacia ella, para  
rendirle un beso de amor, ¡solo hallé  
un odre de flancos viscosos y llenos de pus!  
En mi frío horror, cerré los ojos, y  
al abrirlos ante una luz vivísima,  
junto a mí, en lugar del muñeco poderoso

que parecía estar saciado de sangre, solo vi  
despojos de esqueleto en su temblor confuso,  
y de allí surgían gritos como los de una veleta  
o de un rótulo, en la punta de una varilla de hie-  
rro  
que balancea el viento en las noches de invierno.

# EL GIAOUR

LORD BYRON

Un recuerdo funesto, un pesar que vierte  
 su lóbrega sombra sobre nuestro júbilo y nuestro dolor,  
 al que la Vida no logra arrojar luz ni oscuridad,  
 para el que la alegría no es bálsamo, ni la aflicción acicate.

THOMAS MOORE

Para Samuel Rogers,  
 como pequeña pero sincera muestra  
 de admiración por su genio,  
 de respeto por su carácter  
 y de gratitud por su amistad;  
 este poema lo firma  
 su solícito y fraterno servidor.

LORD BYRON

## AVISO

Los hechos que estos inconexos fragmentos presentan están basados en una situación actualmente menos común en Oriente que antaño, ya sea porque las señoritas son más circunspectas o porque los cristianos tienen mejor fortuna o menor afán. La historia, en su versión completa, narra las aventuras de una esclava que fue arrojada al mar, siguiendo la costumbre musulmana, por infidelidad, y vengada por un joven veneciano, su amante, durante la época en que las Siete Islas pertenecían a la República de Venecia y justo después de que los arnaútes fueran expulsados de la Morea, península que saquearon durante un tiempo tras la in-

vasión rusa. La deserción de los maynotes, a quienes se prohibió el saqueo de Mistra, condujo al abandono de dicha empresa y a la desolación de la Morea, en cuyo seno se produjeron, por parte de ambos bandos, crueles atrocidades sin precedentes en la historia de los fieles.

Ningún aliento quiebra la ola  
que se arrastra bajo el sepulcro ateniense,  
la tumba que, rutilante sobre el acantilado,  
da la bienvenida al esquife que vuelve a casa,  
sobre la tierra que él salvó en vano,  
¿cuándo volverá a vivir semejante héroe?

\* \* \*

¡Clima apacible! Cada estación sonrío  
benévola sobre las bienaventuradas islas,  
que atisbadas desde la cumbre de las Columnas,  
embelesan al corazón que acoge el paisaje  
y ensalzan el gozo de la soledad.  
La mejilla del océano, con su tímido hoyuelo,  
refleja el color de incontables cimas  
capturadas por la risueña marea  
que baña estos edenes de las aguas orientales;  
y si alguna vez una brisa pasajera  
agrieta el azul cristal de los mares,  
o barre una flor de los árboles,  
¡cuán bienvenido es ese aire manso,  
que despierta y aventa todos los olores!  
Pues ahí, la Rosa del cerro o del valle,  
sultana del Ruiseñor,  
la doncella para quien su melodía  
y sus mil cánticos se oyen en lo alto,  
florece ruborizada por el relato de su amante;  
su reina, la reina del jardín, su Rosa,

que ni los vientos comban, ni las nieves hielan,  
lejos de los inviernos de Occidente  
benedicida por cada brisa y cada estación,  
devuelve su natural dulzura  
en suave incienso al cielo;  
y agradecido el firmamento le otorga  
su más bello color y su aromático suspiro.  
Hay allí muchas flores de verano,  
y muchas sombras que el amor compartirá,  
y muchas grutas, concebidas para el descanso,  
que acogen como huésped al pirata;  
su corbeta, oculta en la profunda cala,  
acecha las proas que avanzan en paz,  
hasta que se oye la alegre guitarra del marinero,  
y la estrella del crepúsculo se vislumbra;  
entonces zarpan en silencio, con quedo remar,  
resguardados por la rocosa orilla,  
y los merodeadores asaltan a su presa,  
y tornan en gemidos su canción.  
Cuán extraño que donde la naturaleza trazó,  
como si para los Dioses fuera, un placentero pa-  
raje,  
donde encanto y gracia se fundieron  
con el paraíso por ella engendrado;  
que justo ahí el hombre, amante de la discordia,  
el paisaje corrompa y torne en jungla,  
pisoteando brutalmente la flor,  
que creció sin cuentas ni cuitas.  
No exige el cultivo de su mano  
para brotar de esta tierra de jauja,  
sino que aflora sin reparar en cuidados,  
y lo corteja con dulzura y abundancia.  
Cuán extraño que allí, en remanso de paz,  
la pasión se subleve en su orgullo,  
y reinen la lujuria y la violencia sin freno  
que empañan ese hermoso lugar.

Diríase que los demonios, victoriosos,  
 se impusieron a los serafines asaltados,  
 y tomaron los tronos celestiales  
 los herederos del infierno liberados.  
 ¡Tan dulce el decorado, para el gozo nacido,  
 y tan viles los tiranos que así lo asolan!

Como quien se ha inclinado sobre los muertos,  
 antes de que el primer día de su muerte expire;  
 el primer día de oscuridad en la nada,  
 el último de peligro y sufrimiento;  
 (antes de que los implacables dedos de la des-  
 composición

hayan barrido las líneas donde la belleza perdura)  
 para dar testigo del leve aire angelical,  
 del embeleso del reposo que se posa  
 en los suaves rasgos inertes que surcan  
 la languidez de la pálida mejilla,  
 y, salvo ese triste ojo amortajado,  
 que ni arde, ni ve, ni llora, ahora,  
 salvo esa gélida mirada inalterable,  
 donde la apatía de la fría cárcel  
 consterna el corazón del doliente,  
 como si pudiera condenarlo al destino  
 que incita su temor y, al tiempo, su pensamien-  
 to...

Sí, en esos momentos, nada más,  
 durante breves instantes, en la hora traicionera,  
 aún dudará del poder del tirano,  
 tan justo, tan plácido, tan delicadamente imparti-  
 do,

primera y última mirada por la muerte revelada.  
 Ese es el aspecto de esta costa.

Esto es Grecia, ¡pero ya no la Grecia de los vivos!  
 Tan fríamente dulce, tan mortíferamente apaci-  
 ble,

su naturaleza desalmada nos sobresalta.  
Del alma es el encanto en la muerte,  
que no parte con el último aliento;  
pero la belleza que temible aflora  
en la palidez que la lleva hacia la tumba,  
es el último resquicio oculto de expresión,  
un halo dorado que se cierne sobre la descom-  
posición,  
¡el último rayo del Sentimiento pasado!  
¡Centella de aquella llama, de creación divina  
acaso,  
que aún reluce, pero ya no da calor a su amada  
tierra!

¡Región del valeroso jamás olvidado!,  
cuya tierra, de la llanura a la cueva montañosa,  
fue hogar de la Libertad y sepulcro de la Gloria.  
¡Santuario del soberano! ¿Será cierto  
que esto es cuanto de ti queda?  
Acércate, cobarde esclavo encogido:  
dime, ¿no estamos acaso en las Termópilas?  
Estas aguas azules que te bañan  
oh, servil vástago de los libres,  
habla: qué mar, qué costa es esta.  
¡El golfo, la roca de Salamina!  
Estos parajes, de historia aún desconocida,  
se erigen y te convierten de nuevo en quien eres;  
arrebata de las cenizas de tus padres  
las brasas de su antiguo fuego,  
y que quien muera en la guerra  
añada al de los suyos un nombre temido,  
que hará temblar a la tiranía,  
y dará esperanza y honor a sus hijos,  
que también preferirán la muerte a la vergüenza.  
Pues la batalla por la Libertad, una vez iniciada,  
si es legada por sangre de padre a hijo,

a pesar de las frustraciones será siempre ganada.  
¡Contempla, Grecia, esta tu página viviente,  
y prométele una era inmortal!  
Mientras los reyes se ocultaban entre las sombras  
y dejaban una pirámide sin nombre,  
tus héroes, superando fatalidades,  
han dejado atrás la columna de sus tumbas  
y han conquistado un monumento más poderoso:  
¡las montañas de su tierra natal!  
¡Tu Musa dirige la mirada de los forasteros  
hacia las tumbas de quienes nunca morirán!  
Larga es la historia y triste sería relatar  
el paso del esplendor a la vergüenza.  
Ningún enemigo forastero pudo sofocar  
tu alma, que por sí misma se derrumbó.  
Sí, su propia humillación allanó el camino  
para las cadenas de villanos y déspotas.

¿Qué puede contar quien tu orilla pisa?  
Ninguna leyenda de los viejos tiempos,  
ningún motivo sobre el que la musa se alce  
hasta tus alturas de antaño,  
cuando el hombre era merecedor de tu tierra.  
Los corazones que nacieron en tus valles,  
las fogosas almas que acaso llevaron  
a tus hijos a realizar sublimes actos;  
ahora se arrastran de la cuna a la tumba,  
esclavos o, aún peor, siervos de un esclavo,  
e insensibles a todo excepto al crimen;  
mancillados por el mal que corrompe  
la Humanidad, apenas superior a las bestias;  
ni siquiera atesoran la virtud del salvaje,  
con su pecho libre y valeroso.  
Hasta los puertos lindantes navegan  
trazando proverbiales tretas y antiguas artimañas,  
que distinguen al griego astuto,